

LAS RAÍCES DE DULCINEA EN EL *Libro de buen amor*

Vicente Reynal, Ph.D.

Universidad de Puerto Rico, Humacao

Existe cierta similitud entre las “Serranas” del Arcipreste de Hita en su *Libro de buen amor* y Dulcinea del Toboso, de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de don Miguel de Cervantes Saavedra. Desconocemos a ciencia cierta si éste leyó el poemario de Juan Ruiz, aunque es probable, dada su afición a leer todo cuanto caía en sus manos, hasta “los papeles rotos de la calle”, como dice él (I, 9). Si bien el *Libro* del Arcipreste aún no estaba impreso, existían varios manuscritos, uno de ellos en la Universidad de Salamanca, que Cervantes pudo ojear. La similitud aludida la veo en la forma parecida de concebir uno y otro el amor a la mujer y en el retrato que de ésta nos dan: complejo, como lo es el individuo, en particular, la mujer para el varón, por sus rasgos peculiares, a veces no comprendidos por el varón, raíz de la *misoginia* secular.

Al profundizar en ambos clásicos, vemos a la mujer retratada en dos planos diferentes y paralelos: el ideal y el real. Para ambos la dama es un ser a la par divino y humano, espiritual y material, sublime y hasta en ocasiones vulgar. Se entrecruzan en ambos textos los conceptos del amor platónico/mujer perfecta con la cruda realidad de una persona que encierra imperfecciones. Tal polarización es una constante

en ambos, Juan Ruiz y Cervantes, éste con la creación de sus protagonistas antagónicos, don Quijote y Sancho Panza, que se refleja en la figura bifronte de Dulcinea/Aldonza; y en el Arcipreste, en las distintas mujeres retratadas en su poemario, desde la más sublime e idealizada, hasta la degradada.

Dulcinea adquiere sus rasgos peculiares a lo largo de la zigzagueante redacción -especie de retrato barroco- de *El Quijote*, como un *ritornello* o *leitmotiv* que moldea y decora la trama. Aparece pergeñada en los primeros capítulos de la fabulación, pero en el transcurso de la misma su figura se irá complicando hasta venir a esfumarse con la muerte de su rendido caballero. Me atrevería a decir que Cervantes en la pintura de esta mujer intenta reforzar la complejidad estructural del protagonista, don Quijote, quien en su actuar es una especie de Aldonza/Dulcinea -un Quijano a veces y otras, un don Quijote-, que vive en la imaginación de sus fabuladores, aunque es fruto de la inventiva cervantina, reflejo de su complicada experiencia vivencial.

Se nos muestra, ante todo, Dulcinea como una persona real: labradora humilde de un pueblo, El Toboso. Hay en ella, pese a esta aparente degradación frente a la hidalguía del protagonista, un elemento embellecedor: era “de muy buen parecer”, apreciación que se acrecentará en el desarrollo de la trama. Pero vemos también ya una pincelada incongruente, rasgo que persistirá a través de la trama: don Quijote estaba desde hacía tiempo enamorado de ella, si bien ésta no lo había notado. Es más, se trata de un amor imposible, dada la lozanía de ésta frente a la decrepitud de aquél, así como la diferencia de capas sociales: villanía frente a hidalguía, lo que entonces impedía un amor profundo y estable. Así pues, desde su aparición, la labradora se halla fluctuando entre dos mundos: el real y el imaginario o ideal: el ilusorio y el caballeresco, lo cual queda exteriorizado con sus dos nombres: Aldonza Lorenzo y Dulcinea del Toboso (I, 1). Al tiempo, es ella personificación de un doble amor: el ansiado/acariciado y el cuasi imposible.

Esta misma polaridad se da en la descripción de las mujeres de Juan Ruiz, sobre todo en las serranas, lo que viene concretado en la duplicidad de nombres que les otorga, de acuerdo con su caracterización. Unas veces nos las pinta como “fermosas”, y hasta nos da un retrato idealizado de la mujer perfecta, según los cánones del amor cortés (cc. 431-35 y 444-46); y en otras, alguna de ellas, ensalzada como bella, es luego descrita como “gaha, roín e heda” (cc. 961b). También se da la imposibilidad de que el amor triunfe a plenitud, por la profesión del Arcipreste, que le impedía contraer matrimonio, pese a su acendrado amor instintivo y cultivado.

Sigamos por un tiempo los pasos de don Quijote para comprobar estos asertos. Puesto en camino, invoca a Dulcinea “como si verdaderamente fuera enamorado”. Aparenta estarlo; ahora, no es pura ilusión fantásica, pues la proclama “señora” de

su “cautivo corazón” (I, 2). En su primera aventura, la del arriero, imagina que éste le va a atacar, por lo que “invoca” a Dulcinea, “vigor de su debilitado corazón” (I, 3). No es, por tanto, ésta una figura abstracta sino la encarnación de un ideal, que opera en la imaginación y en el razonar del protagonista, con lo que queda incorporada al mundo ideal caballeresco, aunque, de vez en cuando volverá al de la realidad cruda y humillante de la vida sacrificada en una aldea manchega, donde las mujeres trabajaban en el campo y en las eras. Mujer, pues, real, de humilde condición, enaltecida por el ideal caballeresco y equiparada con las damas del mundo de la caballería andante, y mucho más, pues es “entre las bellas bella”, “la sin par Dulcinea”. Belleza, pues, un tanto ficticia, ya que no responde a la realidad, aunque opera en la voluntad del protagonista, porque así se lo ha propuesto. La fantasía, adueñada de la razón y de la voluntad, actúa sobre éstas con tanta o más fuerza que la misma realidad. Es la razón del corazón, que la misma razón no entiende; “la razón de la sinrazón” de don Quijote. En no pocas instancias Dulcinea quedará inmersa en el mundo de las novelas de caballería, que el protagonista respira en su sinrazón, efecto de sus lecturas. Entonces la sublimación de la dama alcanza su cenit y la proclama “emperatriz de la Mancha”, tras el encuentro con los mercaderes toledanos, a quienes, por seguir “en todo a los libros de caballería”, les obliga a que confiesen que Dulcinea es la más hermosa de las mujeres. Lo particular del caso es que don Quijote apenas si la ha visto, pero exige a los que no la conocen que admitan lo que era irracional; pero en esto residía el mérito, según él (I, 4). Esta polaridad se confirma una vez más cuando don Quijote se identifica con Valdovinos, héroe de romance, al paso que un vecino suyo lo reconoce como Pedro Alonso Quijana. Ha sido desenmascarado, pero él reacciona y asevera: “Yo sé quién soy y sé que puedo ser [...] uno de los doce Pares de Francia” (I, 5): fundamento de su pensar y guía de su actuar. Por esta misma razón, él puede transformar a Aldonza en Dulcinea, no obstante que de la primera un misterioso manuscrito afirmaba que “tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer en toda la Mancha” (I, 9): evidencia de la duplicidad de personalidades o de la personalidad múltiple de la labradora tosca, transformada en dama, princesa, emperatriz y protectora. No hay esquizofrenia literaria, sino una sublimación de la realidad palpable, definida por las circunstancias y la situación social en que se vive. Viene a ser como el objetivo de las ilusiones y añoranzas del ser humano, ansioso de amor y del cariño familiar, de lo que anduvo tan necesitado Cervantes.

Esta misma duplicidad y sublimación la observamos en el *Libro de buen amor*. Por un lado, suspira el protagonista/autor por lograr el amor total de una “mujer loçana, fermosa e cortés”, pues “todo bien del mundo e todo plazer es” (100cd). Pero la experiencia le es adversa. Sale en busca de la mujer porque a ello le mueve su instinto, pese a su condición de clérigo, o quizás por ello: para demostrar la sin-

razón del celibato eclesiástico, no hacía mucho impuesto a los clérigos en órdenes mayores, que él atacará, pluma en ristre, con la fuerza de su verbo. Es el primer “quijote” de nuestra literatura¹. Sale repetidas veces por los caminos de la polvorienta Castilla en busca del “buen amor”, a fin de “desfacer el entuerto” de una ley restrictiva de la libertad. Tampoco él se arredra frente a molinos que le son gigantes o las ventas que se transforman en castillos o los palacios trasmutados en iglesias. Experimenta fracasos, pero sigue impertérrito en su misión de desfacer el entuerto de verse privado del ansiado amor a la mujer. Ahora bien, en su constante deambular, nos va describiendo diversos tipos femeninos, prototipos del momento². Él canta a la mujer; nos la describe en sus más variados oficios del momento, siglo XIV. Ensalza y pondera las bondades de su amor, al que quiere entregarse, sin despreciar el de Dios³. En un momento dado, se interna por la sierra de Guadarrama, donde halla a la mujer de carne y hueso, material, asimilada con la naturaleza sin explotar, a unas serranas labradoras, vaquerizas, que huelen a establo, a sudor y a romero. Igual que Aldonza. Y con ellas se va a refocilar, como poeta, como artista y como “humano”, como cualquier otro, “pecador”. Quiere hallar nuevas experiencias amorosas siguiendo aquello de: “Provar todas las cosas el Apóstol lo manda” (c. 950a). Se interna en la Sierra de Guadarrama. Lo mismo hará don Quijote al meterse en Sierra Morena, para fantasear y añorar a Dulcinea. Toma Juan Ruiz el paso de Lozoya, y encuentra a una campesina, “la Chata rezia, que a los omnes ata”, la cual, tras breve conversación, carga al clérigo a sus espaldas, como Aldonza cargará un saco de trigo, según la vio Sancho en su imaginación, no exenta de realismo. El poeta relata luego cuanto le aconteció, elevando el tono con tintes caballerescos. Don Ramón Menéndez Pidal afirma que en esta narración (cc. 950-1042) existe una doble versión, la del realismo, manifestado con la poetización en cuaderna vía, y la repetición del mismo encuentro en forma de canción “de tonos idealistas”⁴. Vistas con detenimiento estas cánticas, se ve que unas veces se da paralelismo entra la narración y la lírica, y otras, pleno contraste, como afirma R.B. Tate⁵. En efecto, el Arcipreste llama “serrana” a esta campesina ruda, en estilo cortés, y otras, “gaha, roín

- 1 Ver mi libro, *El “buen amor” del Arcipreste y sus secretas razones*. Alcácer: Humanitas, 1982.
- 2 Ver mi libro, *Las mujeres del Arcipreste de Hita. Arquetipos femeninos medievales*. Barcelona: Puvill, 1992.
- 3 Más detalles, en mi libro, *El amor en los tiempos medievales..., y hoy*. Barcelona: Puvill Libros, 1993.
- 4 *Poesía juglaresca y orígenes de la literatura románica*. Madrid: Espasa-Calpe, 1957, 6ª. edi., p. 212.
- 5 *Libro de buen amor’Studies*. Edited by G.B.Gibbon-Moreypenny, London: Tamesis Books, 1970, p. 226.

e heda" (961b): deforme, ruín y fea. La Chata, sin embargo, trata a nuestro buscón como a caballero: "escudero", "hidalgo", "amigo", le llama. Pero la Chata "endibada" es una vaquera con honda y cayado, que usa con destreza, y obliga al caballero a "jugar", expresión metafórica del juego amoroso⁶. Unos versos después nuestro "playboy" regresa al tono natural y hasta rudo, al decir que la serrana le cargó "en su pescuezo". Pese a ello, después retorna al estilo caballeresco, al apodarla "pastora" (970s). Pero pronto regresa al rústico, al decir de ella que era una "vaqueriza traviesa", la cual arrastra al "escudero" y lo introduce en su choza, al paso que le ordena: "Luchemos un rato", alusión igualmente a la actividad sexual, alegorizada desde la antigüedad clásica como una "lucha", en la cual, por cierto, el Arcipreste quedó derrotado, pero satisfecho: "fiz buen barato" (971), se regodea.

En una cántica posterior pinta a la vaquera de Fonfría con brochazos típicos del amor cortés, y a ella se le rinde con expresión caballeresca: "Omíllome, dixe, serrana falaguera". Ella, sin embargo, le llama "sandio", loco, y le golpea con su cayado. En *El Quijote* encontramos un paralelismo en la escena en que el caballero se interna en Sierra Morena, haciéndose "del desesperado, del sandio y del furioso" (I, 24). Tenemos, pues, a los dos protagonistas identificados con el mismo concepto de loco o sandio. Pero es que, además, don Quijote quiere mostrarse "loco" de amor por su dama, Dulcinea, al paso que el Arcipreste no se desdén en perseguir lo que por algunos era tenido por "loco amor", pero que para él es bueno: el de la mujer. Pero se comporta como un "alocado": el amor es ciego. Claro está que las circunstancias en que se nos presentan estas mujeres en uno y otro libro son distintas, aunque no disímiles, pues las acciones transcurren por los campos, caminos y pueblos de Castilla. Se da, además, otra similitud: ambos escritores nos presentan a mujeres del campo con rasgos parecidos. No es del todo idéntica la motivación de los encuentros o de las reacciones de sus protagonistas, pero se dan ciertas aproximaciones. En el *Libro del Arcipreste*, éste es quien siente ansias por experimentar aventuras amorosas, por seguir "loca demanda", lo que le empuja a salir de poblado y a pasar a la Sierra y probar el amor rústico y natural, en contraste con el refinado de corte. Don Quijote asimismo experimenta deseos de salir de su casa e ir por los campos de Montiel "para desfacer entuertos", aunque le empuja también la búsqueda del amor de la belleza femenina, personificada en Dulcinea/Aldonza. Como buen caballero o como simple varón, experimenta la necesidad de la mujer, en quien depositar sus cuitas, afectos y hasta los trofeos de sus batallas. El Arcipreste quiere la lucha, pero no en los campos de Marte, sino en las praderas bucólicas de Venus.

6 Ver mi libro, *El lenguaje erótico medieval a través del Arcipreste de Hita*, Madrid: Editorial Playor, 1988.

Dulcinea no pertenece a familia linajuda -como tampoco las serranas-, pero “puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos” (I, 13), dice don Quijote: signo de que él abrigaba la esperanza de poderla desposar. Sancho Panza se percata de que no existe tal linaje, pues él conoce a todos los de El Toboso. Pero no hace mella esto en el caballero. Al llegar a la posada, que don Quijote toma por un castillo, imagina que la hija del ventero y la criada Maritornes son princesas que le podrían tentar por la noche, escena inventada, que acontece, pero no como él barruntara, pues era “una quimera que él se había fabricado” (I, 16). Al toparse a oscuras con Maritornes, pensó que era “la imaginada princesa y la vio en su imaginación adornada con galanura”, cuando en realidad era una mujer de conducta más que dudosa y nada agraciada, si bien amiga de hacer favores. Aquí una vez más se hace patente el contraste entre imaginación y realidad. Esta misma doble representación se da en la descripción de las serranas del Arcipreste. Aparecen con esta doble faceta o rostro bifronte, lo que se aprecia en la segunda serrana con la que topó, quien toma al viajero por un “pastor”, como pastor se quiso hacer don Quijote en Sierra Morena. En honor a su belleza el Arcipreste compone un “cantar serrano”, en el que describe a la pastora “vestida de buen bermejo / e buena çinta de lana” (997). La llama “hermana” y tan cautivado está de su hermosura, que le propone matrimonio.

La imaginación de don Quijote rebasa la lógica: al oír el ruido de unos batanes, piensa que se trata de un ejército al que tendrá que enfrentarse y posiblemente perecer. Ordena, pues, a su escudero que, de ser así, pasara a El Toboso y le comunicara a Dulcinea que su caballero había muerto por acometer empresas que le hicieran digno de ser suyo (I, 20). Don Quijote sabe que Dulcinea no le pertenece, sino en el pensamiento, y que ésta tampoco lo posee. Pero, ante esta posibilidad, construye una realidad fantasmagórica. El Arcipreste asimismo ve a las serranas tal como son y, sirviéndose de su fantasía perturbada por la pasión amorosa, nos las describe, o bien con trazos en extremo realistas hasta llegar a la degradación, fruto quizás de las frustraciones amorosas del poeta, o altamente dignificadas, elevadas a la categoría de damas de ensueño, ante quienes los caballeros se rinden. En efecto, aterido de frío mientras deambulaba por la Sierra, se encuentra con otra vaquera, a la que pinta de forma esperpéntica, como un “vestiglo” o monstruo: “la más grande fantasma que vi en este siglo, / yeguariza trefuda, talla de mal ceniglo” (1008). No obstante, le pide posada; ella accede y le lleva a Tablada. Cosa significativa: la llama Alda, nombre similar al que don Quijote escoge para su dama añorada, Aldonza. En un posterior retrato, Juan Ruiz pinta a Alda con tintes tenebristas y hasta denigrantes: era grande como una yegua, de cabeza descomunal, cabellos chicos, ojos hundidos, orejas de burro, pescuezo negro, ancho y vellosa, nariz abultada y larga, boca y rostro gordos, dientes anchos y negros, barba prieta, huesos y zancas grandes, muñeca

ancha y vellosa, voz gorda y gangosa y ronca, tetas colgadas, costillas grandes, etc. (cc. 1010-1020). Sin embargo, en las estrofas líricas que siguen retrata a la misma Alda con expresiones propias del amor cortés: “Çerca de Tablada, / la sierra pasada, / fallé una serrana / hermosa, loçana / e bien colorada”. Y actúa como todo un caballero: “Omíllome, bella [...] / Frío tengo / e por eso vengo / a vos, hermosura, / qued, por mesura / oy darne posada” (1026). Más adelante la trata de “serrana, señora”. Pero, al no acceder a sus deseos, vuelve al esperpento y la llama “heda”.

Vemos en don Quijote una actitud similar. Se hallaba en la venta antes aludida. De noche su pensamiento vuela hacia Dulcinea, pero viene a tropezar con la desinhibida Maritornes y la toma por la “imaginada princesa, [...] adornada con galanura”, si bien en la realidad era todo lo opuesto, según la pinta Cervantes, influido quizás por el Arcipreste: “Ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del uno ojo tuerta y del otro no muy sana [...] Tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera”(I, 16).

El mundo literario es el que ha trastornado a don Quijote y alimenta su febril fantasía. A él recurre para destilar ejemplos: porque los caballeros andantes estuvieron enamorados de alguna dama, él lo estará de Dulcinea. Y porque los mejores de aquéllos fueron poetas y trovadores, él no quedará a la zaga (I, 23). Y no son sólo los libros de caballería los que le impulsan a actuar sino hasta los clásicos, como la *Iliada* de Homero. Así, cuando concluye la aventura de los batanes, dice él que si Dulcinea hubiera vivido en el tiempo de Elena de Troya o ésta en en época de aquélla, “no tuviera [Elena] tanta fama de hermosa como tiene”. Por tanto, a Dulcinea la coloca por encima del modelo clásico de la belleza femenina. Y mucho más: si por Elena pelearon los pueblos, él estaba dispuesto a pelear por Dulcinea (I, 21). El ansia de imitación llega a su momento álgido cuando quiere hacerse “el loco y el sandio” por imitar a Amadís cuando fue despreciado por Oriana. Lo significativo del caso es que don Quijote se imagina haber sido despreciado por Dulcinea, a quien nunca se ha declarado. Pero lo que interesa es vivir en el mundo de la fantasía. Para contrastar ambas esferas, interviene al instante el factor realidad, por boca de Sancho Panza, quien le dice que Dulcinea no le ha despreciado ni le ha engañado, por lo que no necesita hacer locuras. Don Quijote le responde que, por eso mismo, con mayor razón, “loco soy y loco he de ser”, hasta tanto no reciba respuesta de la carta que con él le va a enviar a Dulcinea, declarándole su amor (I, 24). Pero se la tiene que leer, pues “Dulcinea no sabe escribir ni leer”, y, lo que es más de admirar, ella “en toda su vida no ha visto letra mía ni carta mía”, y le hace una confesión aún más esclarecedora: “mis amores y los suyos han sido siempre platónicos”, hasta el punto de que en catorce años que hace que la conoce, no la ha visto ni cuatro veces, y de éstas, apenas en una ha notado que ella le miraba: “tal es recato y encerramiento

con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado”. Mezcla del amor platónico con el ansia del real, pues, si bien no se le ha declarado, ha estado en su mente desde hace tiempo, ya que conoce bien el ambiente familiar de la moza; ahora que, en su fantasía, le interesaba elevarla a la categoría de “emperatriz de la Mancha”. Tras el dato real, se acrecientan los de la imaginación: por una sola vez que, al parecer, le miró y de refilón, don Quijote construye castillos acerca del enamoramiento y de la perfección de su dama. Este entrecruce de mundos y de planos amorosos, el ideal o platónico y el real o físico, se da constantemente en el *Libro de buen amor*, donde está la aspiración sublime del Arcipreste, así como la descripción de la mujer ideal, tal y cual se la pinta Amor y a lo que ya antes aludí, contrastada con la realidad palpable de la cotidianidad, prosaica y llena de frustraciones por el rechazo de la mujer o por las urgencias degradantes de su labor.

Al nombrar don Quijote a los padres de Dulcinea, Sancho cae en cuenta de quién era ésta y la describe como una campesina “que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo. Vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar, que la tuviere por señora. ¡Oh, hi de puta, qué rejo tiene y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario de la aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire [...] Y querría ya verme en camino sólo por vella, que ha muchos días que no la veo y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire”. Se declara decepcionado, pues pensaba que Dulcinea era una princesa cuando en realidad era una mujer ordinaria, por lo que era inútil enviarle trofeos, pues los enviados la encontrarían “rastrillando lino, o trillando en las eras, y ellos corriesen al verla, y ella se riese y enfadase del presente” (I, 25). Vemos aquí un reflejo directo del contraste polarizado que Juan Ruiz hace de las serranas, en concreto de Alda, según señalaba antes.

Sancho ha obligado a su amo a descender al terreno de la realidad, tanto es así que éste llega a dudar de su mundo idealizado, aunque de inmediato regresa a él para defenderlo como válido, pues lo importante es que él piense que “la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta”, para que así sea; lo del linaje, no importaba. En cuanto a hermosura, nadie la igualaba. Pero, vuelve a dudar, pues dice que no le consta que así sea, si bien añade que “yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad” (Ibid.). Por tanto, la realidad está supeditada a la imaginación creadora, lo visible a lo invisible, previsible y deseable. Por eso retorna

a su certeza mental y afirma que lo más deseable en una mujer es “la hermosura y la buena fama”, lo que se hallaban en Dulcinea mejor que en otra. Sancho, con los pies en la tierra, opina que su amo no obra bien conformándose con un amor platónico cuando se le ofrecía otro real, el de Dorotea, quien, además, era superior en hermosura a Dulcinea. Don Quijote se mantiene firme en su convicción y asegura que Dulcinea es la que le da fortaleza; es el aliento de su alma. Sancho, en vista de que no puede cambiarle de opinión, le dice que se case con Dorotea y tenga a Dulcinea como amante. En lo que respecta a su hermosura, no opinaba, debido a que “no he visto a la señora Dulcinea”, confesión destructora de los castillos que ha fabricado. Por lo demás, hay ahora prueba palpable de que también Sancho está construyendo su mundo ideal, el cual más que nada, en vez de ficticio, es mentiroso. Ante la falta de lógica en el razonar de su escudero, don Quijote pide a Sancho que le explique qué quería decir con que no había visto a Dulcinea. Éste le responde con una restricción mental: “Digo que no la he visto tan despacio...; así de bulto me parece bien”. Se ha salvado, pero ha quedado más atado en su propio nudo gordiano.

De regreso Sancho de su iniciado, pero nunca acabado, viaje a El Toboso, le pregunta su amo cómo vio a Dulcinea, sin duda “ensartando perlas o bordando alguna empresa con oro de canutillo para este su cautivo caballero”. Sigue, pues, dentro del mundo caballeresco. Sancho trata de hacerle ver su realidad o su invención. La vio “ahechando dos anegadas de trigo en un corral de su casa”. Descripción que está en conformidad con la realidad circunstancial degradante de Aldonza. Pudo haber dicho que la había encontrado ocupada en labores domésticas. En vano pretende el caballero hacer ver a su prosaico escudero que los granos de trigo serían de perlas. Quiere don Quijote saber cómo reaccionó cuando le entregó la carta y Sancho le da una respuesta deprimente: no hizo caso; siguió “en la fuga del meneo de una buena parte del trigo que tenía en la criba”. Persiste el contraste entre los dos mundos: el imaginario y el de la vida sacrificada con una ocupación humillante para la mujer. Es aquello de la serrana transformada en “heda”. Insiste el caballero en averiguar si preguntó por él, y Sancho le dice que no. Más humillación para el ego encumbrado del hidalgo. Sin embargo, trata de consolarle diciéndole que le explicó cómo su amo había quedado haciendo penitencia por ella en la sierra. Don Quijote ensalza la supuesta discreción de su dama y dice bendecir los días por haberle “hecho digno de merecer amar a tan alta señora”. Sí, tan alta es -replica el socarrón de Sancho - que le rebasaba “más de un codo”. Insistencia, pues, en la disparidad entre lo elaborado por la fantasía y la realidad. Sigue el amo el juego verbal de su escudero y ahora inquiera si se había medido con ella. Sí, le contesta Sancho, pero por casualidad, pues quiso ayudarle a cargar en el borrico un saco de trigo y observó que ella le “llevaba más de un gran palmo”. Hay aquí una degradación más de la belleza femenina, ya que por entonces se alababa, y de ello nos da una prueba el Arcipreste

con su cántica “De las propiedades que las dueñas chicas han” (cc. 1606-1617). Aprovecha el caballero esta realidad para retroceder al mundo fantasioso: entonces, si así sucedió, habría notado alguna “fragancia aromática” emanando de ella. A lo que Sancho, obligándole de nuevo a bajar a la realidad degradante, dijo: lo único que notó fue “un olorcillo algo hombruno..., [pues] estaba sudada y algo correosa”. No quiere descender su amo del Rocinante ilusorio en que cabalga, y le contesta con no menos ingenio que eso sería porque debió olerse a sí mismo. E insiste: ¿y qué hizo ella cuando leyó la carta?. No la leyó, dijo Sancho, “porque no sabe leer ni escribir”. Esto lo debía saber el caballero, pues antes lo ha afirmado, aunque quizás quisiera coger en contradicción a su escudero. La rompió para que nadie se enterara de “sus secretos”, pues a ella le bastaba saber del amor de don Quijote y de que éste se hallaba haciendo penitencia por ella. Y ahora Sancho trasporta a su imaginada Aldonza real al mundo de Dulcinea, pues pone en su boca expresiones caballerescas: dijo que “le besaba las manos y que allí quedaba con más deseos de verle que de escribirle”. Y que le urgía a que saliese de los matorrales y no hiciera más disparates, al tiempo que se pusiese de inmediato en camino hacia El Toboso, porque “tenía gran deseo de ver a vuestra merced”. Don Quijote no se da cuenta de la ironía de su escudero, y sigue con sus preguntas a tono con el mundo de la caballería andante. “¿Qué joya fue la que te dio al despedirte?” Eso sucedía antes, le contestó Sancho, pues en la actualidad lo que se acostumbraba es dar un pedazo de pan y queso, que fue lo que me dio “por las bardas de un corral, cuando della me despedí” (I, 30). No puede darse realidad más humillante frente a la imaginaria de castillos y palacios de parte del caballero. Prevalece, pues, el mundo objetivo, crudo y cruel al imaginario, esplendoroso y bucólico. Pero éste seguirá primando y operando en la mente del protagonista, por lo que más adelante rectificará a su escudero de que no eran bardas sino “galerías o corredores o lonja, o como las llaman, de ricos y reales palacios” (II, 8). Sancho insiste en que eran bardas y le contesta don Quijote que le da lo mismo, pues lo que a él le interesaba era percibir “un rayo del sol de su belleza”. Sancho, volviendo al mundo de la realidad y de la ironía, le contesta que él no vio ningún rayo, pues, como estaba ahechando el trigo, “el mucho polvo que sacaba se le puso como nube en el rostro y le escureció”. Dulcinea, pues, queda reducida a Aldonza; es más, a una segunda Alda.